

Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 06.09.2011

Después del silencio, hablemos un poco del ruido.

Los monasterios de san Benito no eran importunados por las autopistas, los trenes, los aviones, ni siquiera por los teléfonos y los móviles. Los ruidos de la naturaleza, como hoy en día, eran ruidos inocentes, psicológicamente no extenuantes. Por esto, san Benito, más que nosotros, tenía una concepción esencial e interior del ruido, interior en la comunidad, pero, sobre todo, interior en el corazón de cada monje. Para el ruido en comunidad, se limita a reclamar la moderación o la renuncia al uso y al volumen de las palabras y de los discursos, cuando pueden molestar el descanso de los demás, o la escucha, por ejemplo, de la lectura en la mesa (cfr. 38,5ss), o bien introducir la disipación, la distracción en las relaciones comunitarias, bromeando y riendo groseramente (cfr. 7,59-61;49,7).

Pero san Benito pide, sobre todo, trabajar contra el ruido interior. Y este ruido es la murmuración.

La murmuración aparece en la Regla junto con el capítulo sobre la obediencia, que se inicia con la bellísima definición de la obediencia como amor preferencial por Cristo: “La obediencia sin demora (...) es propia de aquellos que no conciben nada más amable que Cristo” (5,1-2).

En el polo opuesto de esta afirmación, al final del capítulo, Benito habla de la murmuración: “Efectivamente, el discípulo que obedece de mala gana y murmura, no ya con la boca, sino sólo con el corazón, aunque cumpla materialmente lo preceptuado, ya no será agradable a Dios, pues ve su corazón que murmura, y no conseguirá premio alguno de esa obediencia. Es más, cae en el castigo correspondiente a los murmuradores, si no se corrige y hace satisfacción” (5,17-19).

La murmuración del corazón es, por lo tanto, lo contrario del afecto preferencial por Cristo. El verdadero problema no es la desobediencia, sino la desafección a Cristo, el no preferir a Cristo. ¿Y qué otra cosa se prefiere? Se prefiere un proyecto sobre uno mismo y para uno mismo, que, en el fondo, no es real. Porque quien murmura sabe de qué no está contento, o cree saberlo; pero, en el fondo, no sabe con qué estaría verdaderamente contento. Frente a lo que le pide la obediencia, que es real, una acción real, una elección real, un deber real, en su corazón pesa más la elección de lo que no se le pide, y que, en el fondo, no se le ha dado, no existe. Piensa que sería mejor otra cosa o de otra manera. Pero esta otra cosa es solo niebla de sus proyectos y deseos. Y, después de todo, su murmuración no elige otra cosa que a sí mismo, que su propio interés, su propio “yo”. Si la obediencia sin demora es propia de aquellos que no tienen nada más querido que Cristo, la murmuración es propia de quien no tiene nada más querido que a sí mismo. La murmuración es una especie de idolatría de uno mismo que repliega sobre sí nuestro corazón creado, por el contrario, para el infinito, para Dios. Por esto, la murmuración es siempre algo triste, lo contrario de la alegría y de la paz.

Para san Benito, el secreto de la alegría es el contentamiento, el estar contento de aquello que se nos da, es decir, de la realidad (cfr. 7,49;61,2-3). La murmuración se aleja de la realidad que se nos da, pierde el contentamiento, y, entonces, se pierde la alegría.

Un bello ejemplo de esto se encuentra en el capítulo 40, sobre la medida de la bebida: “Pero si por las condiciones locales no se puede adquirir ni la cantidad [de vino] indicada, sino mucho menos, o incluso absolutamente nada, bendigan a Dios porque habitan en ese lugar y no

murmuren. Esto recomendamos ante todo: que eviten siempre la murmuración” (40,8-9).

Cuando uno se contenta con nada, la nada se convierte en voluntad de Dios y, por lo tanto, realidad de la realidad. ¿Qué nos puede ser más real que la voluntad de Dios, origen y consistencia de todas las cosas? Así también el carecer de todo se convierte en relación con Aquel que es todo para todos, y también nuestro gozo es todo en la relación con él, una alegría que es bendición: “bendigamos a Dios y no murmuremos”. La murmuración no es, por lo tanto, solamente lo contrario de la obediencia: es lo contrario de la alegría que la obediencia produce, que es la alegría de adherirse al mismo Dios, adhiriéndonos a su voluntad.

Pero esta elección del contentamiento y de la bendición en el adherirse a la voluntad de Dios, a través de la obediencia a los superiores y a la realidad de las circunstancias, san Benito no la quiere artificial, voluntarista, o, peor aún, victimista. El victimismo es, en el fondo, una murmuración velada de falsa piedad. San Benito es consciente de que para que pueda ser real, debe ser ayudada, que no se debe dar por descontada.

San Benito sabe muy bien que la murmuración es una tendencia que todos tenemos dentro, desde el pecado original en adelante. Tenemos necesidad de la gracia, pero, sobre todo de la ayuda de los hermanos. Uno puede estar contento de todo solo si no está solo, si es amado. Los hermanos y hermanas que tienen una tendencia acentuada a murmurar, a estar descontentos de todo y de todos, traslucen, sobre todo, una soledad y un miedo que cada uno de nosotros conoce. Quien se siente amado, está contento de todo y no murmura, porque recibe ya el ciento por uno que llena su corazón más que cualquier otro deseo irreal. Solamente quien tiene la experiencia del amor de Cristo, no tiene nada más querido que a Él. Quien tiene la experiencia de que se está contento de él, podrá estar contento de todo, aunque carezca de todo.

Por esto, los pasajes en la Regla más importantes en cuanto al tema de la murmuración quizá son aquellos en los que Benito pide al abad y a la comunidad prevenir la murmuración de los hermanos con la ayuda y el apoyo fraterno.

Los servidores de cocina recibirán un alivio en la comida, suplementario, con el fin de que “puedan servir a sus hermanos sin murmuración” (35,13). El abad, durante los trabajos del campo, podrá permitir comer antes de la hora fijada, y “debe regular y disponer todas las cosas teniendo en cuenta la salvación de las almas y que los hermanos desarrollen su trabajo sin tener motivos fundados para la murmuración” (41,5). Aquellos que se ocupan de la cocina de los huéspedes, “cuando tengan necesidad, recibirán ayudantes para que cumplan su servicio sin murmurar” (53,18).

En resumen, la murmuración, el descontento, es un mal interior, un cáncer de la alegría del corazón que se cura con el amor fraterno, que nos transmite el amor de Cristo, y somos responsables de ofrecernos este cuidado los unos a los otros. Porque uno puede lamentarse de todo, estar descontento de todo, pero es raro que uno se queje y esté descontento de ser amado. Y cuando uno está contento de ser amado, todos los descontentos se hacen relativos y, a menudo, desaparecen como nubes esparcidas por el sol.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.*